

LOS NUDOS DE LA DESUNIÓN: CONFLICTOS Y DIVERGENCIAS EN LA DIRIGENCIA DEL EJÉRCITO REALISTA DURANTE LA EMANCIPACIÓN DEL PERÚ, 1810-1824¹

POR

CRISTINA ANA MAZZEO DE VIVÓ

Departamento de Humanidades
Pontificia Universidad Católica del Perú

El presente artículo trata sobre los conflictos que se sucedieron en el ejército realista durante la Guerra de Independencia del Perú, a partir de la utilización de una fuente inédita que son las cartas que, los generales La Serna, Canterac, Ramírez, Ricafort, enviaron al intendente Juan Bautista de Lavalle de Arequipa. La tesis central es que dichos conflictos suscitados en el seno del ejército socavaron la institución militar debilitándola y provocaron la desunión, lo que contribuyó a la pérdida de las colonias.

PALABRAS CLAVE: *Independencia, ejército realista, militares, Perú, guerra.*

En la actualidad la correspondencia ha sido revalorada como fuente para la investigación histórica, y estudios recientes han demostrado que pueden proporcionar elementos para entender algunos procesos aún no esclarecidos²,

¹ Este trabajo se inserta en el Proyecto de Investigación «Tiempos de desconcierto. Política y sociedad en la Independencia del Perú, 1820-1823». HAR2008-03259. Parte de este estudio ha contado con el apoyo de la Fundación Carolina, España. Gracias a ello pudimos encontrar valiosa información en los archivos de Arequipa para lo cual agradecemos la ayuda del profesor Víctor Condori. Agradezco muy especialmente al señor embajador de España en el Perú, Julio Albi, la información que me brindó sobre José Manuel de Goyeneche. Una primera versión de este trabajo, fue presentada en las X Jornadas Interescuelas, Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Rosario, Argentina, en septiembre del 2005.

² Un trabajo sobre el tema epistolar es el de Mestre Sanchís, 18 (Valencia, 2000): 13-26. Este autor realiza un estudio sobre la importancia de la carta como fuente histórica y explica

como es el caso de la independencia peruana. Sin embargo, no es fácil encontrar este tipo de documentación, que escapa del ámbito público para ingresar al espacio privado de individuos o familias destacadas que guardan su memoria en estas fuentes. El caso que aquí se estudia se basa en la localización de una importante documentación inédita perteneciente a la familia Lavalle, que ha permitido aclarar muchos pasajes de una etapa conflictiva de la historia peruana. Se trata de más de 300 cartas sobre las que se realizó un largo trabajo heurístico de transcripción y clasificación.

El presente artículo está basado en la información que proporcionan las cartas que los generales españoles que participaron en la guerra enviaron al intendente de Arequipa, Juan Bautista de Lavalle y Sugasti, entre 1817 y 1824. El propósito es mostrar hasta qué punto los conflictos suscitados entre los dirigentes del ejército realista fueron un componente más que condicionó el desenlace a favor de los independentistas. Es una historia sobre la dirigencia realista, enfrentada por disputas internas especialmente luego de la pérdida de Chile en 1818. No son muchos los trabajos realizados desde la perspectiva del ejército realista porque, como sostiene Julio Albi, ha sido considerado un ejército maldito como casi todos los derrotados, y agrega al respecto que «España prefirió perder la memoria de su fracasos olvidando al tiempo sus sacrificios y sus triunfos»³.

Si bien las cartas se centran en la etapa 1817-1824, las disputas en el seno del ejército provienen de mucho antes. Por lo tanto no podemos dejar de comentar la etapa anterior cuando las fuerzas militares estaban dirigidas por el general Manuel Goyeneche, criollo, que actuó a favor de las fuerzas realistas y mantuvo la defensa de la frontera sur. Otra documentación utilizada son las memorias del brigadier Pezuela, quien fue jefe del Ejército del Alto Perú y virrey desde 1816 en reemplazo de Abascal. Contamos también con las cartas de José de la Serna, jefe de las fuerzas realistas en el Altiplano y el principal ejecutor del motín de Aznapuquio —primer golpe militar en la historia del Perú—; las cartas de los generales Mariano Ricafort —quien tuvo su cargo el ejército de reserva—; las de José de Canterac, quien asumió la jefatura del Ejército durante el gobierno de La Serna cuando éste fue nombrado virrey; y las del general Juan Ramírez, quien había sido destinado al Perú desde muy joven e intervino en la campaña contra Tupac Amaru. Todos ellos mantuvieron

cómo puede esclarecer aspectos importantes de la vida cotidiana e incluso clarificar algunos problemas políticos. (Agradezco a Carmen Mc Evoy el facilitarme esta información.)

³ Albi, 1990. Otros trabajos sobre el tema son Luqui Lagleyze, 1995. Semprún Bullón, 1999.

una fluida comunicación con el intendente de Arequipa⁴, un criollo que asumió el mando en diciembre de 1816 y tuvo a su cargo la organización del ejército de reserva y la manutención de las fuerzas realistas hasta el final de la guerra. También se ha utilizado documentación del Archivo Regional, del Cabildo y de la Intendencia de Arequipa.

Las cartas permiten dar a los personajes una dimensión humana y comprender la complejidad de las situaciones que tuvieron que enfrentar. Se percibe en ellas no solamente el triunfalismo del que hace uso la dirigencia militar para mantener el control de la tropa, sino también la desorientación y confusión de los hechos, como el convencimiento de que ganaban la guerra porque los dirigía una causa justa⁵.

La interpretación de la independencia del Perú, ha dado un vuelco importante en los últimos años. Se han dejado de lado aquellas ideas románticas e idealistas que resaltaban la acción de los precursores para dar lugar a nuevos análisis que destacan las divergencias entre los distintos grupos sociales, e incluso se ha hecho un análisis de los acontecimientos desde la perspectiva de la psicología social⁶. Se ha entendido también el proceso como un juego de oposiciones entre los sectores populares adictos a la causa independentista, reflejada en las montoneras, y la expresión fidelista de los criollos de la capital en oposición a las elites provinciales⁷. Ya muchos autores coinciden en aceptar que la guerra de la Independencia no fue un acto monolítico movido por el ansia de libertad y democracia como apunta Clément Thibaud —tesis a la que se adhieren autores como Walker y Méndez para el caso peruano—, sino que la guerra pasó por diferentes etapas que fueron recomponiendo la organización del ejército hasta convertirlo en nacional⁸.

⁴ La guerra involucra a una de las familias más destacadas del virreinato peruano, uno de sus integrantes Juan Bautista de Lavallo fue nombrado gobernador político y militar, e intendente de la provincia de Arequipa en 1816. Era coronel del Regimiento Provincial de Milicias Disciplinadas de Españoles de Lima. Su nombramiento no fue casual, sus hermanos, Antonio y José Casimiro, habían participado activamente en la guerra contra Napoleón, incluso uno de ellos, José Casimiro, se ocupó con empeño en la defensa de Zaragoza y Lérida y fue nombrado brigadier por la Junta Suprema de Cataluña. Más tarde fue condecorado por Fernando VII y nombrado mariscal de Campo, y Caballero de la Orden de Calatrava, de San Fernando y Comendador de la de Isabel. Ver Mazzeo, 1994.

⁵ Algunas de las cartas que presentamos fueron utilizadas en un trabajo anterior, Mazzeo, 2000.

⁶ Montoya, 2002. Mazzeo, 2005.

⁷ Bonilla y Spalding, 1972. Bonilla, 2001.

⁸ Thibaud, 2003, mediante el análisis social del ejército, descubre la mutación del mismo en nacional y en este proceso el tránsito entre la antigua patria y la nación moderna.

Si nos atenemos a la conducción del ejército, podemos distinguir en la Guerra de Independencia las siguientes etapas:

1) 1810-1815. El ejército del Alto Perú es conducido por el general Manuel de Goyeneche y la guerra se centró en la frontera sur donde se produjeron enfrentamientos y escaramuzas que contaron con la influencia de los argentinos. En este período también tuvo lugar la rebelión en el Cusco de 1814 que alcanzó grandes dimensiones y la cual fue sofocada por el general Ramírez.

2) 1815-1821. El ejército es conducido por el general Pezuela, hasta que en 1816 es nombrado virrey en reemplazo de Abascal. Toma entonces la conducción del mismo el general José de La Serna. Durante su mandato, si bien no hubo acontecimientos importantes en la frontera, se dieron dos hechos fundamentales, por un lado la pérdida de Chile en 1818, y luego la rebelión de Aznapuquio en 1821. El virrey Pezuela, en la conducción del Virreinato, centró sus acciones en organizar el ejército de reserva instalado en Arica. Con la pérdida de Chile la guerra pasó a una etapa defensiva por parte de los realistas.

3) 1821-1824. El virrey Pezuela es destituido por sus propias fuerzas, y La Serna asume el mando del Virreinato. En este período el ejército se fragmenta al producirse el levantamiento del general Pedro Antonio de Olañeta en el Alto Perú. El último acto de definición fue cuando el general José Ramón Rodil, comandante de las fortalezas del Real Felipe, se negó a capitular y se mantuvo refugiado en los castillos del Callao desde 1825 a la espera de que él y sus huestes pudieran ser llevados a España, se rendía definitivamente un año después.

ALGUNAS CONSIDERACIONES GENERALES

Desde el punto de vista militar la guerra de independencia en el Perú contó con tres actores principales: el ejército, compuesto por oficiales y soldados, las milicias integradas por el pueblo, y la elite intelectual que constituía el marco ideológico del proceso de emancipación. En este proceso, el protagonismo de las fuerzas militares tuvo una importancia sustancial y fue indispensable para la consecución de la guerra, además de ser uno de los componentes fundamentales en la construcción de las nuevas naciones.

El ejército realista estuvo integrado por oficiales españoles y milicias tanto urbanas como rurales, compuestas por indígenas, mestizos y criollos. Los indígenas también participaron en los movimientos insurgentes. Trabajos como los de Walker, Glave, Bonilla, o Méndez⁹ dan cuenta de esta participación, que

⁹ El trabajo de Walker, 2004, analiza la rebelión en el Cusco de 1814 dirigida por los her-

no se redujo solamente a la provisión de recursos para el mantenimiento de ambos ejércitos, como sostiene Méndez —ya sea de manera voluntaria o por la fuerza—, sino también como integrantes de las guerrillas tanto en un bando como en el otro, participación que se debió fundamentalmente a mecanismos coactivos¹⁰. Ambos ejércitos, estaban formados por peruanos, tanto criollos como indígenas y mestizos. Pero mientras el ejército independentista se definía como «patriota» el ejército realista prefería llamarse «nacional».

El ejército realista contó con la participación de varios oficiales americanos, como José Manuel de Goyeneche, Juan Pío Tristán, Francisco Picoaga, José La Mar, Andrés Santa Cruz y Agustín Gamarra, entre otros. Estos criollos actuaron en un primer momento a favor de la causa realista y cuando la guerra estaba en la etapa final se pasaron a las filas del ejército patriota. Posteriormente van a cumplir una función destacada en la organización del ejército durante la república.

De los militares españoles, a excepción del general Ramírez que fue destinado al Perú como oficial antes de 1780, los generales Pezuela, La Serna y Canterac llegaron al Perú entre 1815 y 1816 y tuvieron una importante trayectoria militar en las campañas contra Napoleón¹¹. Tenían experiencia y llegaron a América con el ánimo de escalar posiciones y en ocasiones fueron más intransigentes que el propio rey¹².

Las milicias habían sido creadas a mediados del siglo XVIII por los reformadores borbónicos y fueron complemento para sostener el sistema de defensa americana. Este sistema defensivo nunca contempló un conflicto interno prolongado y menos una guerra civil, como fue el proceso de emancipación.

manos Angulo. Glave, 2002, trató el conflicto del Cusco de 1814 y su proyección al altiplano puneño entre 1815 y 1816. Bonilla, 1996, y Méndez, 1996, trabajan la rebelión de Iquicha de 1827, que si bien es posterior al proceso en sí independiente, destaca la participación indígena y su oposición a la república. Pero mientras que el primero está más en la línea de pensar que esta postura se debió a la alienación recibida por la colonia, Méndez considera que los indígenas fueron tanto realistas como republicanos y jugaron entre ambas posturas según sus intereses del momento.

¹⁰ La idea de que los indígenas tomaron una actitud pasiva o fueron fácilmente manipulados por un sector u otro, ha sido totalmente superada. Los trabajos de Cecilia Méndez evidencian que la independencia fue un proceso que tuvo una dinámica propia, rica en contradicciones y matices que dejó al descubierto una realidad social demasiado fragmentada, donde los indígenas jugaron su propio juego, y se movieron de acuerdo a sus intereses. Méndez, 2005: 125-153.

¹¹ Semprún Bullón, 1999: 286-296.

¹² Me estoy refiriendo a las intentos de lograr un acuerdo con los independentistas que incluso se estimó desde la Corona, pero los generales Pezuela y, luego, La Serna no lograron alcanzar.

Como sostiene Albi, España no estaba en condiciones de enviar grandes contingentes de soldados. Por esa razón el ejército no contaba con una preparación profesional sino que sus bases la conformaban milicianos indígenas o criollos que podían ser movilizados rápidamente, generalmente reclutados en su lugar de origen y con poca capacidad de mando y disciplina¹³. Las fuerzas peninsulares se renovaban cada cierto tiempo pero esta práctica duró unos 20 años y se suspendió porque España no tenía suficientes efectivos, además de lo elevado de su costo, tanto en cuanto al envío como a la manutención de sus integrantes¹⁴. Fueron dirigidas por una oficialidad criolla elegida entre los sectores más destacados de la región y que a través de esta organización alcanzaron ascenso social¹⁵. Esos cuerpos que en un principio no estuvieron sólidamente organizados, a través de la lucha y a lo largo del tiempo se fueron transformando en verdaderos ejércitos de línea. Sin embargo no lograron constituir una verdadera fuerza de choque consolidada que pudiera imponer sus decisiones; por el contrario, debido a las distintas rebeliones transcurridas durante la primera etapa de la guerra estuvieron muy desarticuladas entre sí.

En cualquier caso estas milicias cumplieron un papel fundamental en el proceso dado que es la tropa la que se enfrenta y es la fuerza de choque. Pero nuestra intención es analizar específicamente el comportamiento de los militares que dirigieron el ejército, porque si bien la guerra se define en el campo de batalla, la dirigencia cumple un papel decisivo en la consecución de la victoria. Bolívar y Sucre habrán tenido buenos soldados pero su conducción y estrategia fueron fundamentales. En este sentido, un componente desarticulador del ejército realista fue el protagonismo y también un fuerte personalismo por parte de los dirigentes lo cual provocó una serie de conflictos que minaron la organización interna perdiendo así su efectividad en la dirección.

A las disputas entre los generales se sumó una elite criolla no muy identificada con las propuestas de los revolucionarios extranjeros. Lo curioso fue que, como ya lo explicara Wu, el ejército nacional estuvo compuesto por oficiales españoles y criollos y una tropa compuesta por indígenas, mientras que el ejército patriota, dentro del Perú, fue un ejército extranjero compuesto por argentinos, chilenos y colombianos, lo cual creó a su vez un mayor resentimiento en-

¹³ Las milicias fueron organizadas en América a mediados del siglo XVIII. Podían ser urbanas o regladas, constituían la base de los contingentes de ambos bandos y sus efectivos diferían de un lugar a otro. En Perú y México es donde mayor incidencia tienen. Ver Albi, 1990. Semprún Bullón, 1999: 29-30.

¹⁴ Albi, 1990: 41.

¹⁵ Ver para el tema Campell, 1972. Marchena Fernández, 1992. Sánchez, 2008.

tre la población¹⁶. Ello produjo una paradoja histórica, la guerra se vivió como una nueva conquista del territorio peruano.

Esta situación hay que inscribirla en el contexto internacional. En 1820 se inicia el Trienio Liberal tras el levantamiento de Rafael Riego y se aplica nuevamente la Constitución de 1812; en el Perú se solaparon entonces dos gobiernos, uno en la sierra en poder de los españoles bajo la dirigencia de La Serna en que se debió jurar la Constitución liberal, y otro en la costa bajo la conducción del Protectorado de San Martín que para salvar la situación propuso una monarquía constitucional y se enfrentó al sector republicano del Congreso que dio muestras de una sólida formación republicana, como lo evidencian, por ejemplo, José Faustino Sánchez Carrión y Mariano José de Arce, pero no hubo peruanos dirigiendo el ejército que pudieran llevar a cabo la conducción de la guerra.

Las elites de Lima estaban más cercanas al poder real que con la opción separatista, y esto se evidencia en la posición tomada frente a la crisis de 1808 que no originó en el Perú la formación de juntas a semejanza de las que se multiplicaron en otras partes de América. Por lo tanto, la guerra de la independencia no fue una lucha entre insurgentes peruanos contra realistas españoles, tesis que también sostiene C. Walker, sino una guerra civil en la cual cada tendencia daba sus propias alternativas al proceso de cambio.

PRIMERA ETAPA DE LA GUERRA: 1810-1815

Conflicto Goyeneche y Abascal

Durante este período España estuvo centrada en la guerra contra Napoleón, pero con el regreso de Fernando al poder en 1814 se disolvieron las Cortes de Cádiz y sus decretos se declararon nulos. Sin embargo no desaparecieron los principios establecidos en ellas, y el enfrentamiento entre los constitucionalistas y absolutistas no finalizó. Dentro de la línea de los moderados destaca un personaje interesante, José Pizarro, que intentaba convencer al rey de la inutilidad de las expediciones militares a América, al igual que el peruano Manuel Vidaurre, quien consideraba que era imposible dominar a América por medio de la fuerza¹⁷.

En América la insurrección se encontraba en una etapa en la que primaba el autonomismo más que el separatismo, la fidelidad al rey era general e inclu-

¹⁶ Wu, 1993: 37.

¹⁷ Fontana, 1983: 223.

so no existía aún en el ejército un espíritu de cuerpo, lo que se evidencia en las constantes deserciones de uno y otro bando. En el Río de la Plata las fuerzas comandadas por Balcarce y Castelli transformaron la guerra en una cruzada que exigía todos los sacrificios de sus integrantes y en la cual la disyuntiva era elegir entre la conversión o la muerte, pero luego de la derrota de Huaqui, en la que las tropas patriotas fueron derrotadas por el general Goyeneche, el ejército argentino se desarticuló como un castillo de naipes¹⁸ debido más a la falta de cohesión que a la persecución de los contrarios¹⁹. En el otro extremo del continente, en Nueva Granada, ante los sucesos de 1810, los jefes de mayor rango optaron por huir al disolverse las instituciones virreinales, en cambio, «las milicias apoyaron los movimientos que sostenían las juntas, y el ejército regular tomaba una actitud neutral»²⁰.

Del lado peruano la situación era aún más compleja, y una mirada a la actuación de Goyeneche²¹ nos permite hurgar en los conflictos suscitados con el virrey Abascal. Tenemos la imagen de un general aguerrido y de notable instrucción militar y un gran estratega. Sin embargo, Goyeneche fue un militar que obtuvo sus premios y graduaciones por su estatus social y las aportaciones que hacía al rey como donativos²². Sabido es que la oficialidad de las milicias estaba dirigida por el patriciado local y en muchos casos integraba a toda la familia de altos funcionarios, comerciantes o rentistas, en que el patriarca era el coronel, los hijos eran los capitanes y los nietos los cadetes²³. Contando con sólo ocho años, Juan Manuel de Goyeneche fue nombrado cadete «de menor edad» del Regimiento de Milicias de Arequipa y poco después ascendido a teniente. Durante sus 20 años de permanencia en España, no tuvo instrucción militar sino que estudió Filosofía. No obstante, en 1795 se le concedió el nombramiento de capitán del Regimiento de Granaderos que estaba en formación.

¹⁸ Chaves, 1957:271-272

¹⁹ Estado Mayor General del Ejército, 1931: 17.

²⁰ Thibaud, 2003: 46.

²¹ Juan Manuel de Goyeneche y Barreda nació en Arequipa el 13 de julio de 1775 y de muy joven entró a servir de cadete en las milicias disciplinadas de aquella ciudad. Pasó luego con el grado de teniente a servir en la caballería de Camaná. Ver Malamud, 1982.

²² Su hermano Juan Mariano, sargento mayor, ofreció un donativo de 3.000 pesos en 1809, para auxiliar a la ciudad de La Paz; y en esa misma fecha, el brigadier Juan Manuel era nombrado alcalde de primer voto en el Cabildo de Arequipa. En 1815 Juan Mariano era nombrado regidor del Cabildo de Arequipa. Ese mismo año y el siguiente entregó 500 y 100 pesos respectivamente, para hacer frente a la sublevación en el Cusco. Archivo Municipal de Arequipa (AMA), Libros de Actas del Cabildo de Arequipa (LAC) 1813-1815, 27; LAC, 1816-1820, 28.

²³ Marchena Fernández, 1992: 190-191.

Su actuación en el frente de batalla comenzó en Cádiz en la guerra contra los ingleses en 1799 y 1800, encuentro que no fue muy significativo desde el punto de vista militar, ya que se trató más bien de una simple escaramuza²⁴. En 1805 a su regreso de una misión que le comisionara el rey para tomar contacto con las cortes europeas y conocer la organización de los ejércitos y sus tácticas, fue ascendido a coronel agregado a las Milicias de Arequipa, lo que nos permite reconocer su habilidad para obtener grados y ascensos sin haber cumplido una notable actuación en el frente de batalla²⁵.

Según la documentación del Archivo General Militar de Segovia, cuando se produjeron los sucesos de Bayona, Goyeneche obtuvo el grado de brigadier tanto del gobierno español como del gobierno francés. Por un lado, fue encomendado por Murat, el lugarteniente de Napoleón, para pasar a América e informar de los sucesos acaecidos en España además de informar sobre la necesidad de mantener más que nunca los vínculos con la metrópoli. Llegado a Cádiz luego del levantamiento del 2 de mayo se puso a las órdenes de la Junta Central de Sevilla para cumplir la misma misión pero ahora a favor de los españoles, de pasar a América y explicar lo acontecido²⁶. Rubén Vargas Ugarte considera que este hecho no tiene fundamento y que es una acusación lanzada contra él inventado por Elío²⁷ y sus amigos para desacreditarlo por ser americano²⁸. Sin embargo Julio Albi sostiene que el 14 de mayo el gobierno francés le extendía el pasaporte con el grado y sueldo de brigadier y el 24 de julio de 1808 lo obtenía de la Junta Central de Sevilla, siendo quizás el único que obtuvo un ascenso de dos gobiernos enemigos con dos meses de diferencia²⁹.

Tras 20 años de ausencia regresó al Perú y fue designado presidente de la Audiencia del Cusco por Abascal. Su participación en la represión de los levantamientos de Chuquisaca y La Paz en 1809, le valió convertirse en jefe del ejército realista. Con su base de operaciones en Zepita organizó las huestes de manera muy improvisada, logró reunir 2.500 hombres provenientes de doce cuerpos distintos y sólo 200 veteranos eran del Cuerpo Real de Lima. Las tropas tenían un serio problema de adiestramiento y disciplina dado que sólo re-

²⁴ Albi (artículo inédito) menciona que en 1799 se trató de un pequeño ataque de la flota de Jarvis, y en 1800 el ataque fue de Keith a Cádiz donde la ciudad sufría de epidemia de tifus y ni se llegó a abrir fuego.

²⁵ Albi (artículo inédito).

²⁶ Albi (artículo inédito). Nieto, 1960, sólo anota el envío por parte de la Junta Central.

²⁷ Francisco Javier de Elío asumió la jefatura de las fuerzas realistas con base en Montevideo hasta la «Concordia», tregua que firma con los insurgentes en octubre de 1811. Bullon, 1999: 287.

²⁸ Vargas Ugarte, 1966, tomo V: 276.

²⁹ Albi (artículo inédito).

cibían instrucción una vez por semana. Julio Albi agrega además que «aunque era brigadier realmente nunca había estado en combate en toda su vida y apenas había servido en la práctica con alguna unidad. Tenía en cambio la gran ventaja de su origen peruano y la influencia de su familia en la región, además la fortuna de verse rodeado por oficiales americanos designados por Abascal que llegarían a figurar entre los mejores jefes realistas»³⁰.

Luego de su paso por Buenos Aires donde se entrevistó con Elío en 1808, Goyeneche pasó al Perú y emprendió la tarea de armar un ejército en Desaguadero donde sólo contaba con las milicias locales las cuales tenían poco adiestramiento y menos disciplina. En junio de 1811 cuando se enfrentó al ejército patriota, primero en Huaqui, contaba con una fuerza de 6.000 hombres. Respecto a esta batalla hay opiniones encontradas. Según Chaves, Goyeneche violó la tregua que se había firmado entre ambos ejércitos³¹. Vargas Ugarte en cambio opina que la actitud de las tropas insurgentes fue causa del rompimiento del armisticio. Otras fuente señalan que ciertas condiciones del armisticio eran motivo de graves diferencias con lo que se puso de manifiesto la falta de buena fe al pactarlo y el deseo de los contendores de sólo ganar tiempo³². No obstante, el hecho de que Goyeneche atacara un día antes de lo que había señalado Castelli, «el orden, arrojo y disciplina de las tropas reales», dice Vargas Ugarte, se impusieron al enemigo quien hubo de ceder sus posiciones y replegarse hacia Huaqui³³. Sin embargo, las memorias de Abascal muestran otra situación que veremos más adelante.

Sublevada Cochabamba en 1812, Goyeneche dirigió una expedición y emprendió el saqueo de la ciudad y la ejecución de varios enemigos ayudado por dos caciques indios que se pusieron a su disposición, Mateo Pumacahua —quien se había distinguido en la campaña contra Tupac Amaru—, con una fuerza de 3.000 a 4.000 hombres, y Choquehuanca —el cacique de Chincheros—, que lo apoyó con un contingente de más de 1.200 indios. La victoria terminó con el sitio de La Paz y la represión de las provincias de Oruro y Cochabamba en la batalla de Sipe Sipe³⁴. Si bien estas batallas le dieron la gloria,

³⁰ Albi (artículo inédito).

³¹ El ejército patriota fue atacado por una fuerza de 500 hombres dirigidos por Francisco Picoaga. Chaves, 1957: 265.

³² Una de las cláusulas establecía que las tropas de ambos ejércitos podían adentrarse en territorio enemigo unas tres leguas, en busca de víveres pagando por ellas un justo precio.

³³ Vargas Ugarte, 1966, tomo V: 285-287. Goyeneche contó con tropas de Cusco, Arequipa y Lima y sus jefes eran Juan Ramírez, Francisco Picoaga, Pablo Astete, Domingo Tristán, Manuel León y Antonio Martínez.

³⁴ Ambos caciques serán luego premiados con el grado honorario de coroneles. Semprún Bullón, 1999: 114.

las derrotas de Tucumán y Salta en 1813 por las fuerzas comandadas por Belgrano le impusieron un duro revés y provocaron su destitución.

Su reemplazo por el general Pezuela fue el resultado de graves desavenencias con el virrey Abascal. Goyeneche había pedido la dimisión catorce veces, las cuales no fueron aceptadas. Según Albi, el virrey lo acusaba de ser «excesivamente susceptible y poco razonable en sus peticiones»³⁵. En sus memorias, Abascal sostiene que Goyeneche no tomó una actitud enérgica en Salta, y que la violenta evacuación de Potosí, entre otros perjuicios, había ocasionado la pérdida de 60.000 pesos en dinero y la imposibilidad de reponer las municiones. En la Junta de Guerra que se reunió el 1 de diciembre de 1813, uno de los puntos más espinosos fue el referido a las reiteradas solicitudes de Goyeneche para dejar el mando del ejército. Vargas Ugarte sostiene que debido a su estado de salud lo más aconsejable era removerlo de su cargo³⁶. Además, abiertamente y sin el menor disimulo había pretendido evadirse de su responsabilidad a pretexto de falta de auxilios y socorros de toda especie, lo que Abascal consideraba inadecuado dado que había contado con varios contingentes de Arequipa, Cusco y Lima. En otra parte de sus memorias Abascal dice,

... sería interminable la explicación de mis padecimientos con el general Goyeneche, las condescendencias que me he visto obligado a usar, los extraordinarios elogios que le he prodigado para tenerlo contento y el ímprobo trabajo que he empleado con el para animarle... No hablaré de la célebre batalla de Huaqui en la que el espanto se apoderó de su alma y dócil al consejo emprendió el ataque por mis instrucciones conduciéndolo de victoria en victoria que lo cegó enteramente hasta hacerse por sí solo terminar con la guerra de Buenos Aires y con ese objeto intentó la inusitada acción de San Miguel y desde aquel momento ni escribe ni habla sino para manifestar el terror que le había infundado en su animo esta desgraciada pérdida³⁷.

Por su parte, Goyeneche contraargumentaba que Abascal no era un hombre de armas, y que todos sus esfuerzos habían estado dirigidos a servir a la Monarquía,

Yo contesto con documentos, y no quiero jugar la ventura que el marqués de la Concordia de que se me crea por mi palabra o por lo que digo: esa insufrible petulancia, amor propio y exaltado engreimiento de cada paso como dice, no era pidiendo gracias, condecoraciones ni informes lucrativos a V.M [...] era en obsequio a la Monarquía, era en su servicio [...] si el Virrey me hubiese habilitado sólo los dos mil hombres que con tanta anticipación pedí, yo no hubiera salido de Potosí...³⁸.

³⁵ Albi (artículo inédito).

³⁶ Vargas Ugarte, 1966, tomo V: 289

³⁷ Abascal y Sousa, 1995, tomo II: 423-425.

³⁸ *Carta memoria del General José Manuel de Goyeneche al rey Fernando VII, informán-*

Goyeneche contaba con el apoyo de los principales jefes del ejército quienes temían ser dirigidos por un jefe europeo, y su renuncia causó la desertión de muchos³⁹. Pero, por otro lado, se quejaba de la falta de disciplina en las milicias,

disgustados aquellos aldeanos de las fatigas de la guerra y de los clamores de sus familias, iban sensiblemente disminuyéndose por la desertión y por las bajas anexas a la campaña, y aunque yo inventara arbitrios de generosidad, promesas, castigos y cuanto dicta la más fértil imaginación para contenerlos, la disminución iba en aumento⁴⁰.

Luego de la derrota de Tucumán, Goyeneche dejó el Perú y se trasladó a España donde desempeñó varios cargos. En una carta fechada en Madrid en 1815 hablaba de los acontecimientos de Arequipa y los perjuicios y males que había sufrido por el implacable odio hacia su apellido, por lo cual su madre y su hermano se habían tenido que refugiar en un monasterio y sus dos hermanos Sebastián y Juan fugarse a Lima para librarse del furor de los insurgentes⁴¹. No ha sido posible constatar esta situación con otras fuentes por lo que no se descarta que haya sido un argumento para distanciarse del país. Los jefes de milicias no estaban preparados para el enfrentamiento, estos generales obtenían altos rangos por su estatus social, la influencia sobre la región de origen que les permitía reclutar soldados y por las contribuciones que aportaban al erario. Pero, por otro lado, el ser criollo daba mayor confianza a sus subordinados, actuando como eslabón entre los mandos medios y la tropa. Si la frontera sur del Virreinato se consolidó fue por el apoyo de las fuerzas indígenas comandadas por los caciques Pumacahua y Choquehuanca y más tarde por la acción del general Pezuela, cuya experiencia militar en España era considerable. De esta manera, como sostiene Celia Wu, un ejército nacional al mando de un criollo reubicó a Lima en el contexto de la época de los Habsburgo, que volvió a ser la capital de un gran virreinato que se extendía a los andes centrales y la costa del Pacífico, lo cual sin la colaboración de la elite criolla de Lima y la región andina, no hubiera sido posible⁴².

dolo sobre las campañas de Tucumán y Salta, marzo 30 de 1814, Denegri, 1971, XXVI/ 1: 172-240.

³⁹ García Camba, 1846, tomo 1: 95.

⁴⁰ *Carta memoria del General José Manuel de Goyeneche al rey Fernando VII, informándolo sobre las campañas de Tucumán y Salta*, marzo 30 de 1814, Denegri, 1971, XXVI/ 1: 206.

⁴¹ Archivo General de Indias (AGI), Diversos 4, 1815, R.3, N.2, D17.

⁴² Wu, 1993: 33.

Al momento de dejar el mando del ejército, Goyeneche ordenó entregar la conducción del mismo al general Juan Ramírez hasta que se nombrase a su sucesor. En poco tiempo dicho general tendría una activa participación en la revolución que se desencadenó en el Cusco en 1814. Dicha rebelión, a la cual se plegó más tarde Mateo Pumacahua, tomó grandes dimensiones extendiéndose hacia el sur andino, para alcanzar Puno, Arequipa y La Paz. Contó además con una amplia intervención indígena y criolla a la cual se incorporaron muchos pueblos que habían participado en la rebelión tupamarista⁴³. La represión que impuso el general Ramírez fue determinante para sofocar la misma, al ejecutar a uno de cada cinco prisioneros para desalentar a los indígenas a tomar las armas. Juan Alcón, uno de los generales integrantes de su ejército, refiriéndose al mismo, dice lo siguiente,

Teníamos, es cierto, todavía un ejército que, aunque pequeño en número, se había hecho respetable por su valor y disciplina; compuesto de fieles veteranos⁴⁴.

El Cusco era una plaza fuerte y los insurgentes lo sabían, de ahí la importancia de recuperarla

habiendo levantado el Cuzco la voz de la insurrección, depuesto las autoridades legítimas, y establecido un gobierno popular, seduciendo y ganando antes la mayor parte de la misma tropa que la guarnecía; se halló desde el primer día con un pie de fuerza y armas respetable⁴⁵.

Según Alcón, la violencia fue desatada por los insurgentes, quienes mataban y despedaban a los prisioneros realistas y esto motivó que la población de Arequipa, a la llegada del general Ramírez, le diera un glorioso recibimiento. «Estaban las calles cubiertas de flores, y las señoras las arrojaban al mismo tiempo en abundancia y con la más viva emulación desde los balcones y ventanas sobre el General y la tropa»⁴⁶.

Con la derrota de la rebelión del Cusco, que también se propagó a la región central de Huamanga y Huancavelica, la guerra cambió de escenario. Por otro lado, con el regreso de Fernando VII al poder se impuso nuevamente el absolutismo y las reformas que se querían implantar con la Constitución de 1812 quedaron sin efecto por largo tiempo. La lucha entre constitucionales y monárquicos que había dado origen a la disputa en el Cusco, terminó en una rebelión sangrienta de grandes dimensiones, sin embargo, no logró cuajar como movi-

⁴³ Para el tema ver Sala i Vila, 1996: 221-245. Walker, 2004. Glave, 13 (Salta, 2002). Peralta, 2002, entre otros.

⁴⁴ Alcón, 1971: 392.

⁴⁵ Alcón, 1971: 394.

⁴⁶ Alcón, 1971: 407.

miento independiente y acabó siendo un movimiento con más rasgos mesiánicos que revolucionarios⁴⁷.

SEGUNDA ETAPA: 1816-1821

La guerra cambia de frente

La segunda etapa de la guerra es conocida también como «la internacionalización del conflicto» y se define por la acción conjunta de las fuerzas de San Martín y más tarde por las de Bolívar que confluyen en el Perú, en el corazón del poderío militar español. España, ya libre de las fuerzas francesas, comenzó a enviar refuerzos a América aunque las milicias siguieron en aumento y continuaron levantándose compañías y batallones nuevos mediante una leva constante. En esos momentos surgió entre los generales españoles la esperanza de obtener refuerzos para la guerra mediante la llegada de la gran expedición que estaba en marcha hacia América, pero la pérdida de Chile dará un giro a la estrategia prevista.

Las fuerzas comandadas por San Martín obtuvieron la victoria en la batalla de Chacabuco el 12 de febrero de 1817, pero no fue decisiva para ganar Chile. Pezuela desconfiaba de las fuerzas de San Martín y en carta al intendente Lavalle escribía: «los insurgentes, en Chile, sólo están en aptitud de defenderse»⁴⁸. En 1818, fue Osorio, enviado por Pezuela, quien obtuvo una importante victoria sobre las fuerzas conjuntas de San Martín y O'Higgins en la batalla de Cancha Rayada. Esto unido a la gran expedición que se esperaba de España permitiría formar un cuerpo de reserva en defensa del Virreinato y de esa manera renovaron nuevamente las esperanzas respecto a la guerra. Sin embargo, Osorio, en lugar de volver al ataque, perdió un tiempo valioso que le dio oportunidad a San Martín de rearmarse y obtener la victoria de Maipú el 5 de abril de 1818 con la cual se perdió definitivamente la plaza de Chile.

Los acontecimientos de Maipú marcaron un cambio en la dirección de la guerra y se pasó de una acción ofensiva a una acción defensiva. Según alguna fuente la insubordinación de los jefes que desobedecieron las órdenes de su general dio la oportunidad al enemigo, otras consideran que el hecho tuvo que ver con una equivocación en la estrategia planteada por Osorio⁴⁹. En Chile, al

⁴⁷ Walker, 2004, sostiene que la utopía andina era muy radical y las tensiones sociales y éticas que existían no permitieron aglutinar a todas las fuerzas insurgentes.

⁴⁸ *Carta de Pezuela a Lavalle de 1818*, Archivo Privado de la Familia Lavalle (APFL).

⁴⁹ Historiadores de la Independencia, oficio del Virrey del Perú por los acontecimientos de Maipú, Biblioteca José Toribio Medina (BJTM), 1821: 37

igual que en el Perú, la disputa entre los oficiales y los funcionarios del Estado venía de tiempo atrás, especialmente entre Osorio y Marcó del Pont. Ya en marzo de 1817 Félix de la Rosa, administrador principal de las rentas de Correos de Lima y comisario ordenador de los reales Ejércitos, escribía a Abascal, siendo ya ministro de Indias, sobre los sucesos de la pérdida de Chile y estimaba que si bien no podía precisar las causas lo atribuía a

la falta de medidas oportunas en el señor Marcó del Pont jefe superior de aquella gobernación y la poca pericia militar, la sobrada confianza en los cabos primeros de las armas y la excesiva extensión que éstos dieron a su línea de defensa subdividiendo las fuerzas y, en fin, al atolondramiento, imprevisión y a un terror pánico que instantáneamente se apoderó de ellos, todo contribuyó a la pérdida lamentable⁵⁰.

Marcó del Pont había reemplazado a Osorio en el año 1815 y el enfrentamiento entre ambos era notorio. En carta del 22 de octubre de 1816 señalaba que el cuerpo que había «encontrado más corrompido, relajado y vicioso era el de Artillería el cual dirigía Osorio», y lo natural era que hubiera dedicado todos sus esfuerzos para mantenerlo en subordinación y disciplina, pero por el contrario, esto fue conseguido «mediante celo y aptitud del nuevo comandante don Fernando Cacho»⁵¹. En otra carta que el nuevo dirigente de Chile envió a Abascal en 1816, solicitaba el relevo de su cargo porque no quería perder «el honor y la buena opinión que había adquirido y se quejaba de la mala fe con que habían procedido tanto Osorio como los diputados en conceder el indulto a los insurrectos». Éstos se habían rebelado contra las autoridades españolas y la decisión fue devolverles los bienes que les embargaron y sólo se juzgó a los cabecillas de la revolución⁵².

Por su parte, el general Ordóñez enviaba un memorial a Abascal en el que además de informarle los sucesos de Chile, comentaba que encontrándose en Talcahuano solicitó refuerzos al virrey del Perú además de víveres y tropas y nada de eso le fue remitido⁵³. Ordóñez era el segundo de Osorio y su estrategia era hacer creer a los insurgentes que se retiraban para luego atacar de noche, y así tuvieron el encuentro exitoso en Cancha Rayada, pero cuando quiso seguir Osorio le dijo que se detuviera hasta reunirse con él y de esa manera los enemigos tuvieron oportunidad de rehacerse y ganar la batalla de Maipú.

⁵⁰ *Carta del señor Félix de la Rosa que envía a Abascal* el 10 de marzo de 1817. AGI, Diversos 5, año 1819-ramo 3.º y 1.

⁵¹ *Carta de Marcó del Pont a Abascal*, 22 de octubre de 1816, AGI, Diversos 4, 1816, R.1, N.1, D.45.

⁵² *Carta de Marcó del Pont a Abascal*, 18 de junio de 1816, AGI, Diversos 4, 1816, R.1, N.1, D.29.

⁵³ AGI, 1817, Diversos 5, 1817, R.1, D.44.

Osorio era el hijo político de Pezuela, y tenía pretensiones de recuperar la presidencia de Chile y por eso quiso llevarse el laudo de la conquista luego de la victoria de Cancha Rayada; pero, en lugar de aprovechar el triunfo y perseguir al enemigo, dio un descanso a la tropa a pesar de la oposición de Ordóñez. Esto hizo que los independentistas se vieran favorecidos, reunieran a sus soldados, sacaran nueva artillería y se aventuraran a la campaña de Maipú donde Osorio fue totalmente batido⁵⁴. En otra carta al soberano se le echa la culpa a Primo de Rivera Morgado, comandante de los llaneros del rey, como causante de las desgracias «éstos son comúnmente los resultados de la soberbia y el deshonor»⁵⁵.

Todo evidencia que en el seno del ejército español había muchas desavenencias e irregularidades. Se dice, por ejemplo, que fueron las logias las que dividieron a constitucionalistas y absolutistas; sin embargo, lo que trasciende de las cartas es un constante deseo de brillar por encima del otro, desprestigiando al que reemplaza y desconociéndosele cualquier mérito. Por otro lado, se hace evidente el resentimiento y la desconfianza entre los oficiales criollos y los dirigentes españoles, a pesar de la lealtad y la devoción de algunos criollos⁵⁶.

La pérdida de Chile determinó que el ejército realista buscara recomponerse y afianzarse en la costa sur del Perú a la altura de Arica, para lo cual Pezuela, que desde 1816 había sido nombrado virrey en reemplazo de Abascal, concentró todos sus esfuerzos. Para ello contó con el apoyo, provisión de hombres y obtención de recursos del intendente de Arequipa el criollo Juan Bautista de Lavalle. La idea de Pezuela era que las tropas americanas, de las cuales desconfiaba bastante, fueran entrenadas en Lima además de disciplinarlas y enviarlas donde fuese necesario con el nombre de veteranas. De esta manera mezclaría europeos con americanos para limar resentimientos entre ambos⁵⁷.

Arequipa y la formación del Ejército

Pezuela no escatimó ningún esfuerzo para conseguir dinero para el mantenimiento del ejército y los gastos de la guerra. Comerció con ingleses, determinó un pago mínimo a la tropa quedando a cargo de la Real Hacienda el proporcionarles sus vestuarios⁵⁸, usó los recursos que debían ser remitidos a Cá-

⁵⁴ García Camba, 1824: 267.

⁵⁵ García Camba, 1824: 269.

⁵⁶ Wu, 1993: 34.

⁵⁷ *Carta de Pezuela a Lavalle*, 16 de mayo de 1817, APFL.

⁵⁸ *Carta de Pezuela a Lavalle*, 25 de abril de 1817, APFL.

diz e incluso tomó parte de lo que debían pagarle a los soldados, y en una ocasión, como él mismo expresa en sus memorias, mandó a las «Cajas Reales toda la plata labrada de mi uso con el objeto de dar el ejemplo y manifestar de un modo práctico hasta dónde llegaba la necesidad»⁵⁹. Es importante recordar que las tropas se recibían casi desnudas, había que alimentarlas y vestir las además de entrenarlas, y la falta de pagos era una de las causas de las deserciones.

Para la formación del ejército de reserva, Pezuela solicitaba tropas que debían ser enviadas a Tacna desde Arequipa, además de caballería apropiada, víveres, zapatos, frazadas, tiendas y también hombres. Cada una de las intendencias debía enviar 100 hombres, y también solicitaba la participación de los otros partidos que debían enviar por lo menos 200 hombres. Pero las esperanzas estaban puestas en la expedición española que debía llegar al Perú por la vía de Panamá y ello permitiría reforzar el ejército del Alto Perú y Arica⁶⁰.

En Arequipa se constituyeron una serie de juntas extraordinarias con los representantes de todos los tribunales para arbitrar los medios necesarios, obtener los adelantos y auxiliar a las tropas. Se estableció un impuesto del 5% sobre los predios urbanos, se acordó un empréstito de 50.000 pesos, a la par que se organizó un reclutamiento general sin excepción de personas entre 15 y 45 años⁶¹. Sólo para los sueldos de tropas y oficiales, sin inclusión de los gastos para su manutención, se precisaban 40.000 pesos⁶². En 1822, estando el virrey La Serna en el Cusco, el nuevo empréstito recabado en Arequipa fue de 60.000 pesos⁶³.

Conflicto entre Pezuela y Ramírez

En el seno del ejército se seguían manifestando recelos, enfrentamientos y rivalidades por el poder entre la dirigencia realista dado que todos tenían experiencia en las guerras europeas y se sentían con capacidad para dirigir en América a los reclutas que ellos a su vez habían formado. Ejemplo de ello fue el conflicto surgido entre Ramírez y Pezuela cuando el primero debió dirigirse a Quito a hacerse cargo del gobierno. Dicho general había ocupado la presidencia de Quito hasta noviembre de 1819 cuando pasó a hacerse cargo del ejército que hasta entonces comandaba el general La Serna. El ser enviado nuevamen-

⁵⁹ Pezuela, 1947: 493.

⁶⁰ *Carta de Pezuela a Lavalle*, 24 de marzo de 1817, APFL.

⁶¹ ARA, LAC 27, 1813-1815: 7 de noviembre de 1816: 42.

⁶² ARA, LAC 28, 20 de agosto de 1818: 98.

⁶³ ARA, LAC 29, 7 de junio de 1822.

te a Quito era un destino honorífico de menor rango y por lo tanto se sentía menospreciado⁶⁴. La caída de Quito hacía peligrar Guayaquil y era imprescindible su presencia, no obstante Ramírez desoiría la decisión del Virrey. La Serna por su parte deseaba volver a España pero las circunstancias eran muy críticas y se les exigió a ambos mantenerse en el frente. Ramírez apoyaba a La Serna e impugnaba a Pezuela su falta de decisión y concentración de poder, incluso se quejaba de no recibir el sueldo adecuado al cargo que había estado desempeñando como general en Jefe. El 4 de marzo de 1820 desde Tupiza escribía al intendente Lavalle:

Yo no puedo, ni debo, ni quiero mirar con indiferencia el que no se me dé el tratamiento que tengo bajo la consideración de los fueros y facultades que S.M. manda. Señalaba además que era enemigo de títulos y distinciones... pero a pesar de esta moderación, me veo en el caso de sostener el decoro de la autoridad que el Rey me ha dignado a confiarme⁶⁵.

La creación del Ejército de Reserva fue otro de los roces entre el general La Serna y el virrey Pezuela, porque mientras que el primero lo quería apostado en Puno, Pezuela lo destinó a Arequipa⁶⁶. También se opuso La Serna al plan de Pezuela de unir todas las fuerzas y alcanzar el Tucumán para imponerse a los enemigos luego de la pérdida de Chile. En sus memorias Pezuela hacía notar que,

El nuevo general del ejército del Alto Perú, Dn. José de la Serna, me puso mil dificultades para avanzarse sobre el Tucumán sin más razón que la de no conocer la guerra de estos países y hacérsele duro prestar obediencia al Virrey⁶⁷.

Los sucesos de 1820 marcaron el punto más crítico de la situación en el ejército realista en el Perú. Por un lado, la revolución liberal en España con el levantamiento de Riego⁶⁸, impidió la salida de la gran expedición que tanto esperaban los militares en Lima. El general Ramírez se hallaba en Puno, Ricafort se situó en Huamanga, y Pezuela desde Lima trataba por todos los medios de obtener recursos para la guerra sin tener posibilidades de una ofensiva por

⁶⁴ *Carta de Pezuela a Ramírez*, 2 de diciembre de 1819; *carta de Pezuela*, 13 de diciembre de 1819, APFL.

⁶⁵ *Carta de Ramírez a Lavalle*, 4 de marzo de 1820, APFL.

⁶⁶ Albi, 1990: 217.

⁶⁷ Pezuela, 1947: 255.

⁶⁸ Fontana, 1983: 31. En el Trienio Liberal (1820-1823) se volvieron a aplicar las reformas liberales de Cádiz (1810-1814). También plantea las limitaciones del liberalismo español, por un lado el deseo de conciliarse con las clases dominantes del viejo sistema y por el otro el temor a una revolución social al estilo francés.

mar contra Chile⁶⁹. Al año siguiente, se produjo el desembarco de las tropas de San Martín en Pisco y la rebelión de Aznapuquio. Fraccionado el país en dos, paradójicamente se mantuvo una costa ocupada por las fuerzas independentistas que proponían como alternativa un gobierno monárquico en concordancia con la elite limeña, mientras que la sierra, cuyo centro de distribución y aprovisionamiento fue Arequipa y su sede central el Cusco, y controlada por La Serna, juraba la Constitución liberal nuevamente restablecida.

La ceremonia de la jura tomó visos de un espectáculo típico de Antiguo Régimen cuyo objetivo era levantar el ánimo de la población, mantener su confianza, y transmitir lealtad y espíritu de lucha entre las tropas. En Arequipa, por ejemplo, desde la Municipalidad se redactó un bando, que fue leído en los lugares acostumbrados, acompañado de la tropa y música, en el que se acordaban las ceremonias para la juramentación de la constitución para el día 29 de octubre. Éstas debían ser hechas con la

mayor pompa y solemnidad, los vecinos de las calles por cuya carrera se verificase el paseo, debían adornar las fachadas de sus casas del modo más decente que lo permitiesen sus facultades, dejando a su amor y entusiasmo las demás demostraciones de júbilo con obsequio y reconocimiento al grande objeto de promover la gloria, la prosperidad y el bien de la nación⁷⁰.

Esta inversión de alianzas independentistas que apoyaban un gobierno monárquico y de realistas que proclamaban una Constitución liberal trajo mucha confusión y desorientación. El general Ricafort en carta a Lavalle mostraba su desconcierto ante los hechos:

El asunto es tan delicado como fastidioso [...] tengo en consideración que en la crisis que tocamos y en el sistema actual, el Gobierno, después de jurada la constitución por nuestro soberano, se presentan recomendables los mismos liberales que antes se marcaban criminales⁷¹.

Pezuela por su parte seguía abocado en obtener recursos para enfrentar la guerra, y sostener al ejército. Desde 1818 había nombrado una comisión compuesta por sujetos de todas clases bajo el nombre de Junta Permanente de Representantes para introducir arbitrios y discurrir sobre las obligaciones del erario. Esta Junta había propuesto que se permitiese por dos años el comercio libre, pero la medida fue suspendida por oposición del Consulado de Comercio⁷². Pezuela se quejaba porque decía que en las juntas se hablaba mucho y se

⁶⁹ Albi, 1990: 263.

⁷⁰ ARA, LAC 28, 20 de octubre de 1820, 176.

⁷¹ *Carta de Mariano Ricafort a Lavalle*, s/fecha, APFL.

⁷² Pezuela, 1947: 263 y 396.

hacia poco, y sentía la apatía general e indiferencia de todos a las que no podía dar otro nombre que falta de amor patriótico o una confianza excesiva. La situación en el ejército llegó a su punto más crítico en enero de 1821.

El motín de Aznapuquio y la destitución del virrey

El 28 de enero de 1821 un grupo de oficiales que conformaban la Junta Directiva de Guerra, reunidos en Aznapuquio y liderados por los generales José de Canterac, Jerónimo Valdez, el Marqués de Valleumbroso, Mateo Ramírez, Manuel García Camba, José Ramón Rodil y otros, enviaban una carta a Pezuela en la cual le enumeraban las causas que los habían movido a tomar la determinación de destituirlo y entregar el mando a La Serna⁷³.

No queda aún claro quién fue el artífice de este movimiento dentro del ejército. La Serna había llegado a Lima desde el Alto Perú para presentar su renuncia, pero Pezuela no la aceptó. En sus memorias recuerda:

Le invité a que suspendiese su viaje a la península porque no tenía un jefe de bastante graduación de quien valerme, y le concedí, en nombre del Rey, la de Teniente General por razones políticas⁷⁴.

Este acto de insurrección, en el cual no hubo representación ni del pueblo ni del ejército en su conjunto, fue un verdadero golpe militar, y de desacato a la autoridad del Rey dado que era el único que podía quitar o poner virreyes. Pezuela fue obligado a renunciar a su cargo. Entre las imputaciones que se le hicieron en la carta están por un lado la falta de acción efectiva en la guerra, especialmente el haber dejado la sierra central sin defensa suficiente frente a la campaña de Álvarez de Arenales el 21 de octubre de 1820 lo que permitió a los independentistas ocupar Huamanga, Huanta, Jauja y Tarma. Pero también se le acusaba de haber permitido el comercio con extranjeros cuando ésta había sido una alternativa sin salida para obtener los recursos necesarios. Se le achacó, además, la desertión del batallón de Numancia, por no haber hecho caso de las indicaciones que se le hacían respecto a la falta de fidelidad de dicho cuerpo el cual estaba compuesto por venezolanos y colombianos, además de atribuirle la malversación de recaudos y desigualdad en las contribuciones⁷⁵.

⁷³ Vargas Ugarte, 1966, tomo VI: 161. Dice que fueron 18 los jefes del ejército de Lima que destituyeron al virrey Pezuela.

⁷⁴ Pezuela, 1947: 575.

⁷⁵ Mazzeo, 2000: 38-39.

La crisis que se manifestó en el ejército realista terminó con la destitución del virrey Pezuela, quien en el plazo de cuatro días debía alejarse del Perú en la fragata inglesa «Andrómaca», y La Serna asumió el mando en su lugar. Este suceso no fue, como algunos historiadores sostienen, una reacción liberal o una reacción de las logias que pugnaban dentro del ejército. Pezuela había tenido conflictos con Ramírez, también con Canterac de quien no aceptó el plan que le propuso para defender el Virreinato. Por otro lado, la situación económica durante el año 1820 había decidido a Pezuela a tomar medidas a favor del comercio libre, y el descontento entre las tropas iba en aumento debido a la falta de pago. Además, la desconfianza contra los americanos, acrecentaba las desertiones en las filas del ejército. Otro de los factores que jugó a favor de la destitución fue la inmovilidad en que se sentían las tropas, la falta de una acción contra los independentistas. Un tiempo antes ya, Canterac denunciaba la situación de la siguiente manera:

Sólo se presentan recelos y riesgos por todas partes, y uno de los mayores males que podemos sentir es esa incertidumbre del lugar por donde amenazarán al fin... y con sólo habernos puesto en la necesidad de sostener siempre el Ejército de operaciones del Alto Perú, otro en la capital del Reyno y otro en Arequipa, a un poco más de tiempo no nos bastarán los recursos para mantenernos⁷⁶.

Este hecho, como sostiene Julio Albi, fue un ejemplo más de la degradación de la disciplina entre los propios mandos europeos y de su progresiva politización en el seno del ejército; agrega además que los subalternos veían con mucha impaciencia cómo Pezuela permanecía a la expectativa frente a San Martín, quien había cometido un error táctico al avanzar hasta Huaura para reunirse con Arenales, situación que no fue aprovechada por Pezuela⁷⁷.

TERCERA ETAPA: 1821-1824

La Serna en el poder

Una vez en el poder La Serna envió una carta a San Cruz, criollo, integrante en ese entonces del ejército realista, en la que expresaba las razones que lo llevaron a aceptar el mando del Virreinato y su disgusto por permanecer aún en el Perú:

He tomado el mando del virreinato porque consideraban (los jefes del ejército) que de lo contrario perdía la Nación estos países [...] me he ceñido al miserable sueldo de doce mil pesos y a no vivir en el boato de los antiguos virreyes de Lima,

⁷⁶ *Carta del general Canterac a Lavalle*, 28 de enero de 1819, APFL.

⁷⁷ Albi, 1990: 315.

porque en esta parte y aun en las demás tengo más filosofía que ellos [...] y que mis deseos ahora y siempre son de irme a la Península a disfrutar de tranquilidad en un rincón⁷⁸.

Surgió más tarde un nuevo conflicto entre La Serna y Ramírez cuando éste fue destituido del mando del Ejército para colocar en su poder al general Canterac, ahora nombrado Mariscal de Campo. En carta a Lavalle, Ramírez expresa lo siguiente:

No es extraño que siendo yo el único General en Jefe del Ejército del Perú nombrado por el Rey haya resultado tener igual representación que el señor Brigadier don José de Canterac hoy Mariscal de Campo [...] y no dudo decirle que hallándome sin ejército que mandar, y no acomodándome sufrir más desaires que he sobrellevado por mucho tiempo, (pueda) darme el pasaporte para pasar a la Península donde tal vez podré ser más útil a la Nacional y al Rey como creo haberlo acreditado siempre⁷⁹.

De esta manera, Ramírez renunciaba a su cargo y regresaba a España. Mientras tanto, se firmaba un nuevo armisticio entre San Martín y La Serna en Punchauca, en 1821, en el cual se establecieron los límites de los territorios ocupados por cada uno y ambos ejércitos permanecieron en observación uno del otro, sin entrar en combate, pero arrasados ambos por la peste que se había desencadenado en los campamentos. Esta situación y el bloqueo naval por la costa, obligaron a La Serna a abandonar Lima y adentrarse en la sierra⁸⁰.

La rebelión de Olañeta en el año 1824

Durante los dos últimos años de la guerra los sucesos se precipitaron con la salida de de San Martín del Perú. En 1823 y hasta la llegada de Bolívar la elite limeña tomó el poder y el Congreso Constituyente eligió como primer presidente a José de la Riva Agüero. Mientras, tanto el ejército realista al mando de Canterac y Valdés tuvo una victoria sobre las fuerzas de Rudecindo Alvarado, general argentino que había llegado con San Martín y tuvo a su cargo la primera expedición a intermedios⁸¹. Debido a ello se renovaron las esperanzas de recuperar el espacio perdido. Resurgió nuevamente una actitud triunfalista y esperanzadora. Canterac escribía a Lavalle:

⁷⁸ *Carta de José de la Serna a Santa Cruz*, 3 de febrero de 1822, APFL.

⁷⁹ *Carta de Canterac a Lavalle*, Cuartel General de Arequipa 3 de abril de 1822.

⁸⁰ Albi, 1990: 315.

⁸¹ Esta expedición fue organizada por la Junta Gubernativa que decidió tomar una acción ofensiva contra los españoles.

Las victorias de Torata y Moquegua nos anuncian un porvenir lisonjero y el término feliz a que aspiramos, trabajemos con constancia para conseguirlo y veremos cumplidas nuestras esperanzas⁸².

Se iniciaron entonces una serie de actos públicos en conmemoración de las victorias realistas. En Arequipa, por ejemplo, se comenzó con una misa en la Catedral, con toda la solemnidad y pompa a la cual deberían asistir todas las corporaciones y representantes del Estado. El orador debía «inflamar a los oyentes del espíritu nacional en que el genio revolucionario no puede jamás dominar esta parte de la España ultramarina, porque las armas nacionales son invencibles y porque la causa que defendemos es sagrada»⁸³. Al día siguiente se celebraron los honores fúnebres por los militares que habían fallecido. Se recomendaba además que la decoración fuera majestuosa.

El espectáculo de las representaciones, la imagen de las fiestas y las conmemoraciones daban emoción y ayudaban a inflamar los ánimos a favor de la Corona más allá de la cuestión político-ideológica. Lo importante era mantener la unidad, la obediencia y el respeto hacia la Monarquía, elementos típicos del Antiguo Régimen.

Pero los conflictos continuaron en el seno del ejército y una nueva sublevación militar, que se originó en 1824, dio el golpe de gracia al poder español en América. En enero de 1824 Pedro Antonio de Olañeta se amotinaba contra el virrey en apoyo del regreso al absolutismo monárquico. Se había enterado que en la Península el rey había dejado Cádiz y retomaba nuevamente el poder, dando fin al Trienio Liberal⁸⁴. Este general operaba en el sur del país, y al anularse las Cortes y todos los empleos que se habían conferido cuando en 1823 se restablece el absolutismo, se sentía con autoridad para rebelarse contra La Serna. En junio emitió un manifiesto a los habitantes del Perú en el que expresaba que esperaba que los constitucionalistas reconociesen sus yerros y, defendiéndose como verdadero español, depuso por sí a las autoridades de Potosí y Charcas, anuló el régimen de gobierno que existía y se tituló capitán general y superintendente de las Provincias del Río de la Plata. Se ocupó de extender entre las tropas la idea de que había sido nombrado por la Regencia en la Península, tildó a La Serna de proscrito y de haber destituido al virrey Pezuela y de que por su culpa se perdieron las fragatas «Prueba» y «Venganza», debilitando así la escuadra española⁸⁵. Por su parte, La Serna lo acusaba de utilizar a

⁸² *Carta de Canterac a Lavalle*, 3 de febrero de 1823, APFL.

⁸³ *Nota enviada a todos los preladados y Conventos de Arequipa*, 6 de octubre de 1823, Biblioteca Nacional de Lima (BNL), Sección manuscritos.

⁸⁴ García Camba, 1846, tomo II: 143-144.

⁸⁵ Torata, 1895, Tomo II, Apéndice IV: 486.

su división y a las tropas para proteger el comercio clandestino con la provincia de Salta y aprovechar el dinero de las Cajas Reales de Potosí, que se remitía para el pago de sus cuerpos, en negociaciones mercantiles. La aventura de Olañeta terminó con su muerte en Tumulsa en abril de 1825, unos meses después de la batalla final de Ayacucho donde los realistas perdieron el último bastión en América del Sur⁸⁶.

Se suele atribuir la disputa entre La Serna y Olañeta a una cuestión ideológica, identificando al primero con los liberales y al segundo con un marcado absolutismo. Sin embargo, las diferencias entre ambos militares se debían a la falta de premios para Olañeta en relación a otros subordinados. Su pronunciamiento tiene más que ver con la destitución de muchos cargos emprendidos durante el Trienio Liberal, y con el deseo de congraciarse con el gobierno nuevamente absolutista y de esa manera permanecer en su puesto. Si Olañeta era absolutista ¿por qué no se enfrentó a La Serna cuando éste apoyó el motín de Aznapuquio? Y si La Serna era liberal ¿por qué puso a Olañeta frente al ejército del Alto Perú? Consideramos que en el ámbito castrense, antes que las tendencias políticas, debían primar la lealtad y la disciplina a partir de las cuales se escalaban posiciones y por ende se obtenían mayores rangos. Lo que se percibe en la correspondencia consultada parece ser más un sentimiento de orgullo que muestran algunos altos mandos que trataban de desestimar las acciones de sus antecesores.

Por otro lado, La Serna no mostró visos de liberalismo, más bien era un conservador que pretendió que todo el esfuerzo económico recayera sobre el pueblo arequipeño. Se opuso tenazmente al comercio con extranjeros y tildó de falta de patriotismo a los comerciantes arequipeños que lo hicieron. Ejemplo de ello es el hecho de que cuando asumió el mando, no quiso poner en práctica la Constitución liberal, y sólo publicó en Cusco el bando de 1822 en el que refería que

hallándose el territorio de mi mando en el caso de necesitar una providencia general y absoluta que lo preserve de la anarquía y los desastres que pueden sobrevivir [...] por ahora no se ponga en práctica ninguna disposición del Gobierno mientras yo no les diere o debiese dar el debido cumplimiento⁸⁷.

⁸⁶ Morote, 2003: 229. Plantea que Olañeta se autoproclamó virrey del Perú, título que no aprobó la Corona, y se hizo cargo del gobierno del Alto Perú poniendo a sus parientes y amigos en distintos cargos. Su cuñado fue nombrado Oidor de la Audiencia de Charcas y su sobrino Casimiro secretario de Gobierno. En el ejército promovió a sus amigos y destituyó a los sospechosos de infidelidad. Sus mismas tropas le dispararon.

⁸⁷ Torata, 1895, Tomo II: 478 y vol. IV: 77.

Mientras que Pezuela, si bien no aceptó el comercio libre, utilizó este medio para obtener los recursos necesarios y sostener la guerra⁸⁸. El último acto de esta guerra fue la batalla de Ayacucho donde se enfrentaron las fuerzas realistas que contaban con unos 9.000 soldados frente a las fuerzas independentistas de 5.000 soldados. Del lado español, dirigían el coronel J. A. Monet, del regimiento Real Infante D. Carlos, la división Villalobos, y la caballería al mando del general Canterac. Las divisiones patriotas estaban dirigidas por extranjeros, por el general Sucre, secundado por La Mar, y la caballería al mando del general Miller. Pero ambos ejércitos estaban compuestos por peruanos y, en algunos casos, pertenecientes a una misma familia. ¿Hasta qué punto estos hombres querían pelear una guerra que ya los había desgastado y que enfrentaba a hermano con hermano, peruano con peruano? Al fin y al cabo fueron los peruanos los que con sus vidas resolvieron en el campo de batalla la Independencia del Perú.

CONCLUSIONES

Cuatro importantes generales estuvieron al mando del ejército realista en el Perú durante el período 1817-1824: Goyeneche, Pezuela, La Serna y Olañeta. Dos de ellos llegaron a ser virreyes. Goyeneche, el único criollo, tuvo a su cargo la organización del ejército realista a partir de las milicias acantonadas en Desaguadero. Goyeneche obtuvo una victoria clave en la consecución de la guerra, Huaqui, que selló la frontera sur de manera inexpugnable. Más tarde, conflictos con el virrey Abascal debidos al modo de dirigir la guerra decidieron su partida hacia España, donde ocupó puestos importantes y su reconocimiento le valió el título de Conde de Huaqui. Su alejamiento del ejército significó también la desertión de muchos de sus hombres que no querían ser dirigidos por un extranjero. La pérdida de Chile puso de manifiesto intereses personales en pugna, el protagonismo de Ordóñez por un lado y el de Osorio por el otro, asestó un duro golpe a las fuerzas realistas. Por su parte, los generales americanos a cargo de las milicias, y que habían participado en el ejército realista, se fueron haciendo con la propia guerra, como Santa Cruz, Gamarra, Castilla. Posteriormente, pasados al bando patriota, llegaron a ser los principales caudillos peruanos al frente de la nueva república.

Los hechos acaecidos en España en 1820 fueron el punto de quiebre en la defensa del Virreinato, lo que demuestra el deterioro de las fuerzas militares,

⁸⁸ Costeole, 1981.

no sólo en América, sino en España. El movimiento liberal español, si bien tenía muchos defensores, era reformista y, de alguna manera, pretendía mantener el vínculo con las clases dominantes.

Los conflictos entre Pezuela y La Serna tuvieron como base un enfrentamiento de pareceres y protagonismos. Como sostienen Lohmann Villena y Rodríguez Casado⁸⁹, la lucha encubierta entre ambos se debió más que a diferencias de pensamiento político, a la falta de confianza que tenía Pezuela en sí mismo junto con la petulancia y el modo de ser difícil, ambicioso y lleno de vanidad del general La Serna. Pezuela fue un hombre más abierto y flexible frente a la crítica situación económica del virreinato; en cambio, La Serna fue mucho más absolutista y conservador.

Únicamente Abascal y Pezuela entendieron que la defensa de la causa realista debía estar basada en los propios americanos y no enajenarse sus simpatías era un acto suicida. Simpatías que no llegó a captar, por el contrario, La Serna, que había provocado el disgusto de los militares del país, no confiaba en los americanos y los trataba de inútiles, ignorantes y cobardes⁹⁰. Por otro lado la falta de incentivos y distintivos a los generales en acción sembró el resentimiento y descontento entre ellos. Si bien no podemos considerar que estos conflictos decidieran la pérdida de las colonias consideramos que sí fueron el reflejo de la situación de deterioro que se venía gestando en América en las distintas instituciones. El ejército realista comenzó a perder poder mientras que por otro lado se consolidaba el ejército patriota. La falta de confianza en la tropa por parte de los militares españoles fue minando la institución además de competir entre ellos por los cargos y reconocimientos no recibidos.

Uno de los elementos más destacables en el ejército son los méritos y sus compensaciones que otorgan una graduación de mayor rango o una distinción especial, una insignia o medalla que simboliza el valor y la hazaña realizada. Estos factores que fueron de gran importancia para los dirigentes milicianos, permitían por un lado consolidar la lealtad al soberano y por otra parte mantener el respeto de sus subordinados. Existieron, además, otras recompensas de carácter político como por ejemplo el nombramiento de cargos específicos; y otras de carácter económico, como la concesión de gratificaciones y premios en metálico o pensiones. También se les ofreció participación en repartos de botín procedentes de saqueos y se crearon títulos nobiliarios para jefes de milicias⁹¹. Estos méritos fueron paulatinamente trastocados por los dirigentes del

⁸⁹ Pezuela, 1947, Prólogo a las memorias del Virrey de G. Lohmann Villena y V. Rodríguez Casado, p. XXXIV.

⁹⁰ Albi, 1990: 279.

⁹¹ Semprún Bullón, 1999: 68.

ejército. Un ejemplo fue el caso de Mateo Pumacahua, quien recibió como recompensa por parte de Abascal —por haber participado en el combate contra los insurgentes de Buenos Aires, y por su lealtad a la causa realista— el nombramiento de gobernador interino de la Intendencia del Cusco⁹². Más tarde, cuando era presidente de la Audiencia del Cusco, las autoridades españolas decidieron revocar su cargo por su «naturaleza indígena» situación que lo llevó unirse a los rebeldes en 1814 y levantarse contra lo que él decía era el mal gobierno, pero no contra el sistema⁹³.

El proceso de Independencia en el Perú, fue una guerra que enfrentó a peruanos contra peruanos, que no estuvieron divididos por una ideología, y muchas movilizaciones se debieron más a conflictos étnicos y respondieron a la necesidad de preservar los intereses comunales y locales de los diferentes grupos por lo cual se hicieron alianzas con uno y otro ejército para solucionar problemas regionales⁹⁴. Ello dio como resultado constantes desertiones en el ejército, y conflictos con las autoridades y en ciertos casos la lucha a favor de los realistas les permitía mantener sus reivindicaciones. Fue el caso de los indios de Vilacaya «que manifestaron al comandante del cantón de Vitiche que querían someterse al gobierno del rey y vivir tranquilos en sus hogares como antes⁹⁵. Lo mismo ocurrió con los indios de Huamanga, conocidos como «morochucos», que habiéndose unido al ejército de San Martín unos 800 indios al ser vencidos se presentaron a los realistas y pidieron perdón⁹⁶.

Algo similar sucedió con la elite criolla cuyos intereses estaban muy vinculados a los realistas, especialmente el gremio de comerciantes que financió la guerra a favor de los españoles, otorgando premios a los que se pasaran a su causa. Pero al fin del proceso, las relaciones de poder se habían deteriorado, la dirigencia española no tenía mayor representación, y había perdido el espíritu de cuerpo que animase y mantuviera la lealtad y la disciplina de sus subordinados. La propaganda a favor de la independencia había ganado la partida, muchos oficiales criollos se habían pasado a la causa independentista y los peruanos decidieron terminar con una guerra que ya los había desgastado. Con la ayuda de contingentes americanos la situación se resolvió en el campo de bata-

⁹² Peralta, 2002.

⁹³ Walker, 2004: 129.

⁹⁴ Montoya, 2002: 32, sostiene que hay un consenso, tanto para la historiografía como para las jefaturas político-militares, en sostener que las guerrillas montoneras que surgen al final de la guerra buscaban, a partir de las alianzas con uno u otro ejército, corregir algunos aspectos de la dominación.

⁹⁵ García Camba, 1846, tomo 2: 213-214.

⁹⁶ García Camba, 1846, tomo II: 6.

lla, en las pampas de la Quinua, donde a pesar de la superioridad numérica del ejército español (9.000 hombres) no pudo imponerse al independentista (5.000 hombres). ¿Por qué luchar por una causa que ya estaba perdida? Los soldados de ambos ejércitos no quisieron luchar entre ellos porque al fin y al cabo eran hermanos. El proceso ya estaba viciado, la dirigencia española no tenía mayor representación. De esta manera, se iniciaba en el ejército una nueva etapa, la nacional, cuya presencia en la organización política tendrá un peso significativo durante el siglo XIX.

ARCHIVOS:

- Archivo General de Indias. Sevilla (AGI). Diversos 4 y 5.
- Archivo Municipal de Arequipa. Arequipa (AMA).
- Archivo Regional de Arequipa. Arequipa (ARA). Intendencia.
- Biblioteca Nacional de Madrid. Madrid (BNM).
- Biblioteca Nacional del Perú. Lima (BNP). Manuscritos.
- Biblioteca José Toribio Medina. Santiago (BJTM).

FUENTES MANUSCRITAS:

- Cartas inéditas enviadas al Intendente de Arequipa Juan Bautista de Lavalle por el general Juan Ramírez (36 cartas), por el virrey José La Serna (16 cartas), por el virrey Joaquín de la Pezuela (59 cartas), por el general José de Canterac (70 cartas) y por el general Mariano Ricafort (135 cartas). En total 316 cartas. Archivo Privado de la Familia Lavalle, Lima (APFL).
- Carta memoria del General José Manuel de Goyeneche al rey Fernando VII, informándolo sobre las campañas de Tucumán y Salta. Marzo 30 de 1814. En: Colección Documental de la Independencia del Perú, Félix Denegri Luna, *Memorias Diarios, y Crónicas*, Lima, Comisión Nacional del sesquicentenario de la Independencia, 1971, Tomo XXVI, vol. 1: 172-240.

BIBLIOGRAFÍA

- Abascal y Sousa, Fernando, *Memoria de Gobierno*, Vicente Rodríguez Casado y José Antonio Calderón Quijano (ed.), Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1944, tomo II.
- Albi, Julio, *Banderas Olvidadas*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1990.
- Albi, Julio, *La Defensa de las Indias (1764-1799)*, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1987.
- Albi, Julio, Trabajo inédito sobre Juan Manuel de Goyeneche, s/f.

- Alcón, Juan José, «Diario de la expedición del mariscal de campo D. Juan Ramírez sobre las provincias interiores de la Paz, Puno, Arequipa y Cuzco», *Colección Documental de la Independencia del Perú. Memorias, Diarios y Crónicas*, Félix Denegri Luna (comp.), Lima, Comisión Nacional del sesquicentenario de la Independencia, 1971, Tomo XXVI, vol. 1: 390-437.
- Anna, Timothy, *La caída del gobierno español en el Perú, el dilema de la Independencia*, Lima, IEP, 2003.
- Bonilla, Heraclio, *Metáfora y realidad de la Independencia del Perú*, Lima, IEP, 2001.
- Bonilla Heraclio y Spalding, Karen, *La Independencia del Perú, las palabras y los hechos*, Lima, IEP, 1972.
- Campbell, León, *The military and society in Colonial Peru, 1750-1810*, Philadelphia, The American Philosophical Society, 1978.
- Chaves, Julio César, *Castelli: El adalid de Mayo*, Buenos Aires, Ediciones Leviatán, 1957.
- Costeloe, Michael, «Spain and the Latin American Wars of Independence: The free Trade Controversy 1810-1820», *Hispanic American Historical Review*, 61/2 (Durham, mayo 1981): 209-234.
- Denegri Luna, Félix (comp.), *Colección Documental de la Independencia del Perú. Asuntos Militares*, Lima, Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, 1971- 1973, Tomo VI.
- Denegri Luna, Félix, *Colección Documental de la Independencia del Perú. Memorias, Diarios y Crónicas*, Lima, Comisión Nacional del sesquicentenario de la Independencia, 1971, Tomo XXVI, vol. 1.
- Estado Mayor General del Ejército, Quinta Sección, *Campaña de Goyeneche en el Alto Perú 1811, Guerra con Bolivia 1841*, Lima, Imprenta del Servicio de Intendencia y Transportes, 1931.
- Fontana, Josep, *La crisis del Antiguo Régimen 1808-1833*, Barcelona, Editorial Crítica, 1983.
- García Camba, Manuel, *Apuntes para la Historia de la Revolución del Perú: sacados de los trabajos del Estado Mayor del Ejército de Operaciones*, Lima, Imprenta del Ejército, 1824.
- García Camba, Manuel, *Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú*, Madrid, Sociedad Tipográfica de Hortelano, 1846, tomos 1 y 2.
- Glave, Luis Miguel, «Héroe fragmentado, el cura Muñecas y la historiografía andina», *ANDES*, 13 (Salta, 2002): 51-74.
- Halperin Donghi, Tulio (comp.), *El ocaso del orden colonial en Hispanoamérica*, Madrid, Editorial Sudamericana, 1978.

- Halperin Donghi, Tulio, *Revolución y Guerra, formación de una elite dirigente en la argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1979.
- Luqui Lagleyze, Julio Mario, *El Ejército Realista en la Guerra de Independencia*, Buenos Aires, Instituto Nacional Sanmartiniano Fundación Mater Dei, 1995.
- Malamud, Carlos, «La consolidación de una familia de la oligarquía arequipeña: los Goyeneche», *Quinto Centenario*, 4 (Madrid, 1982): 49-135.
- Marchena Fernández, Juan, *Ejército y Milicias en el Mundo Colonial Americano*, Madrid, Mapfre, 1992.
- Mazzeo, Cristina, *El comercio libre en el Perú, las estrategias de un comerciante peruano*, José Antonio de Lavalle y Cortés, Lima, PUCP, 1994.
- Mazzeo, Cristina, «El miedo a la revolución de Independencia 1818-1824», Claudia Rosas (ed.), *El Miedo en el Perú, siglos XVI al XX*, Lima, PUCP-SIDEA, 2005: 167-183.
- Mazzeo, Cristina, *Las Vicisitudes de la Guerra de la Independencia del Perú*, Cuaderno de Investigación, Lima, PUCP, 2000.
- Méndez, Sonia Cecilia, «Los campesinos, la Independencia y la iniciación de la República: el caso de los Iquichanos realistas: Ayacucho 1825-1828», Henrique Urbano (comp.) y Mirko Lauer (ed.), *Poder y violencia en los Andes*, Cusco, Centro Bartolomé de Las Casas (CBC), 1991: 165-188.
- Méndez, Sonia Cecilia, «Los indios, la independencia y la “herencia colonial”: algunas reflexiones», *Allpanchis*, 35/36 (Cusco, 1990): 139-146.
- Méndez, Sonia Cecilia, «Tradiciones liberales en los Andes o la ciudadanía por las armas: campesinos y militares en la formación del Estado peruano», Marta Irurozqui Victoriano (ed.), *La mirada esquivada, reflexiones históricas sobre la interacción del estado y la ciudadanía en los andes (Bolivia, Ecuador y Perú) siglo XIX*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2005: 125-153.
- Mestre Sanchís, Antonio, «La carta, fuente de conocimiento histórico», *Revista de Historia Moderna*, 18 (Valencia, 1999-2000): 13-26.
- Montoya, Gustavo, *La independencia del Perú y el fantasma de la revolución*, Lima, IFEA-IEP, 2002.
- Morote, Herbert, *El militarismo en el Perú: un mal comienzo (1821-1827)*, Lima, Editorial Jaime Campodónico, 2003.
- Nieto, Armando, *Contribución a la historia del fidelismo en el Perú, 1808-1810*, Lima, PUCP-Instituto Riva Agüero, 1960.
- Peralta, Víctor, *En defensa de la Autoridad: política y cultura bajo el gobierno del Virrey Abascal*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2002.
- Pezuela, Joaquín de la, *Memoria de Gobierno*, edición y prólogo de Guillermo Lohmann Villena y Vicente Rodríguez Casado, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1947.

- Sala i Vila, Núria, *Y se armó el tole tole, tributo indígena y movimientos sociales en el Virreinato del Perú. 1784-1814*, Huamanga, IER-José María Arguedas, 1996.
- Sánchez Rodríguez, Susy, «Norte y Sur: Las milicias de Arequipa-Trujillo y la construcción de las diferencias regionales en el Perú (1780-1815)», *De la monarquía Universal a la República Unitaria: estudio sobre las relaciones de poder regional y el estado central* (en prensa).
- Semprún Bullón, José, *Capitanes y Virreyes. El esfuerzo bélico realista en la contienda de la Emancipación de Hispanoamérica*, Madrid, Colección Adalid, 1999.
- Thibaud, Clément, *Repúblicas en armas los ejércitos bolivarianos en la guerra de Independencia en Colombia y Venezuela*, Bogotá, IFEA-Planeta, 2003.
- Torata, Conde de, *Documentos para la historia de la guerra en el Perú*, Madrid, Imprenta de la viuda de M. Minuesa de los Ríos, 1895, tomo II, Apéndice IV.
- Vargas Ugarte, Rubén, *Historia General del Perú*, Barcelona, Editor Milla Batres, 1966, tomos V y VI.
- Walker, Charles, *De Tupac Amaru a Gamarra, Cusco y la Formación del Perú Republicano 1780-1840*, Cusco, CBC, 2004.
- Wu, Celia, *Generales y Diplomáticos. Gran Bretaña y el Perú 1820-1840*, Lima, PUCP-Fondo Editorial, 1993.

Fecha de recepción: 15-3-2007

Enviado a modificar: 24-4-2007

Enviado conforme a las normas y aceptado: 10-6-2008

THE SEEDS OF DESUNITY: CONFLICTS AND DISAGREEMENTS WITHIN THE LEADERSHIP OF THE ROYAL ARMY DURING THE EMANCIPATION OF PERU 1810-1824

This article uses unpublished letters sent by Generals La Serna, Canterac, Ramirez, and Rícafort to Intendant Juan Bautista de Lavalle in Arequipa to examine the conflicts that arose within the royal army during the Peruvian War of Independence. It argues that the royal army was seriously undermined by such internal conflicts, which lay at the heart of the disunity which in turn contributed to the successful liberation of the colonies.

KEY WORDS: *Independence, royal army, military, Peru, war.*
